

revolucion exaltada como una inspiracion del cielo; tenian coronas para la felonía y apostasia, y desprecio y aborrecimiento para la fidelidad á Dios y al Rey. Las circunstancias favorecian á Lutero. Habia estallado la guerra entre el Emperador y el Papa Clemente VII, que seguia el partido de Francisco I. Pavia vió sucumbir la gloria de este Rey. Las armas de su rival habian obtenido la victoria; Roma habia sido tomada y saqueada por el condestable de Borbon; su ejército, formado en parte de luteranos, habia llenado de abominacion la Ciudad Santa; sus soldados habian convertido la Basílica de San Pedro en caballerizas, dando por cama á sus caballos las Bulas del Papa, y poniéndoles por mantillas las capas de los Cardenales, proclamando, en fin, Papa á Lutero en una capilla del Vaticano. Clemente se habia declarado por la Francia, y Carlos se vengaba vomitando sobre la Italia torrentes de luteranos, que deseaba desterrar de Alemania: dóciles instrumentos de su cólera, que arrasaron hasta la yerba de los campos, y que vendian á peso de oro las orejas de sus prisioneros. Mas triste fuera la suerte de la Ciudad eterna, si Dios no echase una mirada de piedad. Efectivamente, la peste, que ellos habian introducido en Italia, sirvió para ahuyentarlos de Roma.

Al mismo tiempo Soliman amenazaba la Hungría, y tarde ó temprano debia forzar á Carlos V. á repasar los Alpes, para ir en ayuda del archiduque Fernando. Dada la paz á Italia, el Emperador volvió sus ojos á Alemania. Una nueva Dieta se convocó en Spira; en ella tuvieron los católicos mayoría, siendo presidentes-comisarios el Rey Fernando; Federico, conde Palatino; Guillermo, duque de Baviera, y los Obispos de Trento y de Hildenhcim. Los sacramentarios se hallaban decididos á hacer frente y resistir á los luteranos. Las ciudades imperiales estaban casi infestadas del zwinglianismo. La division se habia introducido entre los secta-

rios. El landgrave de Hesse, comprendiendo el daño que semejante escision podia producir, procuró reconciliarlos; mas sus esfuerzos fueron inútiles: los católicos tuvieron por fin alguna seguridad. Despues de largas contestaciones, la asamblea decretó que donde se hubiese recibido el edicto de Worms no seria lícito mudar de Religion; que las ciudades que hubiesen abrazado las doctrinas nuevas, las conservasen hasta la reunion del Concilio, sin que de ningun modo pudiesen abolir la Misa ni quitar á los católicos el libre ejercicio del culto; que los sacramentarios serian desterrados del imperio, y los anabaptistas sentenciados á muerte.

Los príncipes luteranos, Juan, elector de Sajonia; Jorge, marques de Brandeburgo; Ernesto y Francisco, duques de Luneburgo; Felipe, landgrave de Hesse; Wolfgang, príncipe de Anhalt; los diputados de catorce ciudades imperiales, entre otros el de Strasburgo, que habia querido abolir la Misa, se reunieron dos dias despues, y dieron al público un escrito, en que protestaban en nombre de Dios y de los hombres que ellos no podian obedecer un decreto tan hostil á las verdades evangélicas, y apelaron al Emperador, al Concilio general y al juicio de todo hombre despreocupado. Desde este dia los reformados recibieron el nombre de *protestantes*, que han conservado como un dictado glorioso. La Dieta habia pedido y votado subsidios para la guerra del turco: los católicos llevaron todo el oro que poseían. Los protestantes dejaron de contribuir; pero el oro de los católicos no bastó para asustar á Soliman; sus doscientos mil hombres avanzaron contra la Hungría, y el 26 de setiembre de 1523 plantaron sus escalas en las murallas de Viena. Este es un borron de que no puede lavarse el protestantismo, que abandonaba á sus hermanos cuando un peligro que amenazaba á la Cruz de Jesucristo debiera apagar todo resentimiento.

La patria estuvo en peligro, y el cristianismo: el islamis-

mo triunfante, si algunos corazones generosos no hubiesen combatido cuando las murallas eran atacadas y rotas. Honor á aquellos valientes jefes, Felipe, conde Palatino, Nicolás de Salm, Guillermo de Regendorf, y toda una poblacion de viejos, mujeres y niños, que, en medio del hambre, las enfermedades y la peste, no desesperando de la proteccion del cielo, se defendieron bizarramente, y persiguieron hasta Constantinopla al ejército de Soliman. Aparte de Dios y del Papa, debieron el buen éxito de esta hazaña á la fuerza de sus débiles brazos; porque el Emperador y sus príncipes los habian abandonado. La voz de Lutero habia gritado: «¡Paz á los turcos!» voz mucho mas fuerte que la de la patria suplicante y la de la Cruz de Cristo. ¡Ahora bien: que sentencie el lector entre los reformados y los católicos; que diga en qué venas corria la sangre cristiana!

El mismo dia que Soliman pensaba convertir en mezquita el templo de San Estéban, los diputados de la minoria llegaron al campo de Carlos V, en Bolonia, y le presentaron el acta de protestacion.

El Emperador les dijo: «Dios os juzgará; habeis negado la ayuda de vuestros brazos y vuestra riqueza á vuestros príncipes sitiados, y violado una ley fundamental del imperio:» y los despidió, asegurándoles que ya les arreglaria, y procuraria poner todas sus fuerzas en juego para que hubiese orden en Alemania.

La inconstancia de Lutero en su modo de pensar fue objeto de las plumas de los historiadores católicos; y aunque no la perdieron de vista, dejaron, sin embargo, de patentizar la causa. Asi es que, con motivo de la guerra contra los turcos, se dedican á describir sus móviles opiniones, y forman con ellas la acusacion al Espiritu-Santo, de que él se llamaba el órgano. ¡Admirable argumentacion para los bancos de un convento! Pero los antilogismos de Lutero anuncian algo mas que la miseria ó la desesperacion de una inteligencia.

En 1520 afirmó sobre los muros de las iglesias que los turcos eran un instrumento de la cólera divina; que volverse contra ellos era desobedecer á la Providencia. Siguió su camino, y continuó enseñando esta doctrina, que sus adversarios trataron de absurda.

En 1524 no quiso que se diese un óbolo para resistir á los enemigos de nuestra fe, que, segun él, valian mas que los papistas, de quien decia no era de él la falta, si el Danubio no habia llevado los cadáveres católicos mas allá de Pesth.

Mas en 1528, en su tratado *De Bello turcico*, que dirigia al landgrave de Hesse, azotó bien á estos miserables, *semi-hombres* y *semi-diablos*, que en las plazas públicas disuadian al pueblo de tomar las armas contra los otomanos, y que enseñaban en las encrucijadas que un cristiano no podia llevar espada ni ejercer la magistratura civil: justamente lo mismo que él habia cantado en otro tiempo, alzando su voz hasta las nubes, en su libro *De la magistratura secular*.

Fácil es de explicar todo esto.

En 1528 debia ocupar el trono su implacable enemigo. Las resultas fueron una fortuna para Lutero. La guerra civil impedia la ejecucion del edicto de Worms, y protegía á la propagacion de sus doctrinas, á la sublevacion de los pueblos, á trasformar la liturgia, á remover los conventos, á escitar la avaricia de los monges, y á hacer hablar el demonio de la carne.

Estando el Emperador en Italia, podia trabajar sin temor en su obra; mas al regreso de Carlos á Alemania Lutero no debia estar tranquilo. Ved, pues, un momento oportuno de reasumir su código político, en que se puede leer «que un cristiano no puede llevar espada sin pecar, ó ejercer una magistratura secular.» Si el príncipe, para la ejecucion de sus edictos, recurre á la fuerza, no hará, segun la opinion del reformador, mas que crueldades y mar-

En 1520, como sobre los muros de las iglesias que los  
tirios: los verdugos serán los jueces; los mártires los re-  
voltosos.

Su doctrina adquirió mayores proporciones: se esten-  
dió por las ciudades, los ducados electorales y reinos. El  
nuevo culto era una policía; es decir, una espada; y al mis-  
mo tiempo que Lutero había querido arrebatársela de toda  
mano cristiana, ahora la hacía empuñar a sus magistrados.

La escritura se complacia de sus caprichos. Así como  
Lutero había negado y concedido sucesivamente el purga-  
torio, las oraciones por los difuntos, la confesion y la Misa,  
ella le volvió la espada que le había retirado ella misma.  
Ved ahí su sociedad constituida y su espada levantada,  
amenazando á la vez al turco y al mal cristiano que no  
quiere combatir contra el infiel.

En 1521 era un crimen dar un óbolo para hacer la guer-  
ra á los turcos: Lutero tenia necesidad de fondos.

En 1528 condenaba á aquellos oradores tabernarios que  
apartaban al pueblo de la guerra contra los infieles: Lute-  
ro tenia miedo á los infieles.

En 1522 llegar á servirse de una espada, era trastornar  
las leyes de la república cristiana: Lutero tenia miedo á la  
espada.

En 1528 la espada era un atributo cristiano del poder:  
Lutero tenia necesidad de ella.

Aun le veremos disputar con un Rey tomista, multipli-  
cando estas dobles fases de audacia y de versatilidad.

que podía considerarse como era culto que merecen todas  
las instituciones, cuya causa se mencio en la noche de los  
tiempos. Mas en su Caridad el pontificado no tiene para  
el prestigio que en otros tiempos, es un pensamiento todo  
moral, nacido ayer, y que cualquier accidente puede des-  
truir: nos aproxima en el gobierno eclesiástico, que convie-  
ne corregir, una ú otra de las cosas que han dejado  
pasar para su bienestar, en la cadena de miseria que de  
siglo en siglo han estado al cobajo de Jesucristo, la la-  
sa que ha corrido las verdades primitivas de la revelación,  
y el estado de la Iglesia en el mundo.

CAPITULO XXIII.

ENRIQUE VIII.—1522-1523.

La Cautividad de la Iglesia de Babilonia es el primer  
libro que salió de la pluma de Lutero, dándole á conocer  
en Alemania; es una amplificación de colegio, en que el  
escritor reúne todas las quejas contra la Sede romana y  
todo lo que ya se había dicho por Pedro de Vaud y Juan  
de Huss. Sorprende á cada página ver una pluma, que pa-  
rece probarse á si misma, titubear, y detenerse cuando  
debía correr y dar á sus lectores el mas vivo resplandor.  
Lutero estaba aun entre las "mantillas del catolicis-  
mo," y esto esplica bien, por ejemplo, las timideces y  
titubeos del cenobita. Las mas de las veces se le ve en es-  
ta obra menos animoso que en sus tesis de Wittem-  
berg. En ellas había negado, como no podría menos de  
acordarse, que el pontificado era de origen divino, hacién-  
dole una institucion humana, que se perdia en el pasado, y

La Cautividad de la Iglesia de Babilonia es el primer  
libro que salió de la pluma de Lutero, dándole á conocer  
en Alemania; es una amplificación de colegio, en que el  
escritor reúne todas las quejas contra la Sede romana y  
todo lo que ya se había dicho por Pedro de Vaud y Juan  
de Huss. Sorprende á cada página ver una pluma, que pa-  
rece probarse á si misma, titubear, y detenerse cuando  
debía correr y dar á sus lectores el mas vivo resplandor.  
Lutero estaba aun entre las "mantillas del catolicis-  
mo," y esto esplica bien, por ejemplo, las timideces y  
titubeos del cenobita. Las mas de las veces se le ve en es-  
ta obra menos animoso que en sus tesis de Wittem-  
berg. En ellas había negado, como no podría menos de  
acordarse, que el pontificado era de origen divino, hacién-  
dole una institucion humana, que se perdia en el pasado, y